

alma, ya para dulcificar el corazón, ya para iluminar nuestra inteligencia, ya para subvenir á todas las necesidades de la vida material, pues nada nos niega en nuestras oraciones, cuando lo que pedimos nos es verdaderamente útil y necesario.

Por último, Jesús en el Santísimo Sacramento es para nosotros un celestial *Maestro*, y, por lo que dejamos indicado, puede comprenderse bien la bondad, la claridad y la eficacia de sus silenciosas, pero elocuentes lecciones.

19. Con toda la claridad lo hemos visto en éste y en los capítulos que preceden. La grandeza de la Eucaristía se ostenta magnífica á la inteligencia de todo hombre de fe, no sólo *por las perfecciones divinas que ella nos muestra y por los misterios sublimes que nos revela*, sino muy principalmente *por las portentosas y celestiales lecciones que con lenguaje mudo nos suministra desde el sagrado Tabernáculo*. Allí nos dan voces la *humildad, mansedumbre y paciencia* de Jesús sacramentado; allí descubrimos su *obediencia, pobreza y castidad*, llevadas al último grado de perfección posible é imaginable; allí se nos ofrecen de relieve *los prodigios de amor y de oración* sublime que atesora el corazón eucarístico de nuestro dulcísimo Salvador; allí son de admirar y de agradecer las funciones sagradas que, ya respecto de Dios, ya respecto de nosotros, ejercita la divina Víctima por modo tan inefable, suave y misterioso, que aun los mismos ángeles quedarán asombrados de tan inauditas maravillas; allí contemplamos al *Reparador* por excelencia, que da mérito y eficacia á nuestras pobres é insuficientes reparaciones; al *Adorador* celestial que, humanado y sacramentado, da á Dios gloria infinita y por modo infinito; allí, finalmente encontramos un *Padre* amoroso, un *Amigo* fiel y un *Maestro* infalible. ¿Qué puede faltar al hombre y á las sociedades todas teniendo cerca de sí, y aun dentro de sí, al mismo Dios hecho hombre, á Dios-Hombre hecho víctima, á Dios víctima hecho nuestro alimento y formando una sola cosa con nosotros?

¡Oh! *Jesucristo*—dijo Jeremías (Lament. IV, 20)—*es el aliento de nuestra boca, el respirar de nuestro corazón. Viviremos, Señor, bajo tu sombra*. He aquí lo que hemos de hacer nosotros: vivir bajo la sombra de Jesús Sacramentado; vivir de su propia vida, y que El sea el aliento de nuestro espíritu y el respirar de nuestro corazón. Digamos con el Apóstol: *Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; y ya vivamos ó ya muramos, somos pertenencia del Señor*. (Rom., XIV, 8.)

CAPITULO XXII

Efectos generales de la Eucaristía.

1. El Corazón de Jesús es fuente de aguas vivas.—2. En la Eucaristía está sediento de prodigarnos bienes.

EL Corazón *sacratísimo* de Jesús en la Sagrada Eucaristía es la fuente de aguas vivas donde la Samaritana, esto es, nuestra alma pecadora, ó, lo que es lo mismo, la sociedad degradada, puede encontrar la gracia, el bienestar, la felicidad y la salvación eterna. Son maravillosos los efectos del Santísimo Sacramento en los *individuos*, en las *familias* y en los *pueblos* cuando hay fe en los corazones, y por eso, aunque sea por vía de ensayo, se nos perdonará que añadamos aquí un nuevo capítulo.

Si fuere permitido comparar al Señor con sus siervos, parécenos ver al corazón amante de Jesús sediento en la Eucaristía, á la manera que lo estaba el corazón de Eliezer, siervo de Abraham, cuando éste le envió á la fuente de Nachor para encontrar en Mesopotamia una digna esposa para su hijo Isaac. Sediento y fatigado Eliezer, descansando junto al pozo, vió venir á la joven Rebeca, y la dijo: *Dame de beber un poquito de agua de tu cántaro*.—Ella contestó: *Bebe, señor mio, y también sacaré agua para tus camellos*. (Genes., XXIV, 17.)—Pequeño fué el don; mas Eliezer, agradecido, le dió en retorno zarcillos de oro para su rostro y brazaletes para sus manos, eligiéndola además para esposa del hijo de su señor.

¡Qué pasaje tan tierno y delicado! Pero ¿qué es esto, en comparación de nuestro dulcísimo Redentor, enviado por su Padre celestial á esta tierra de miserias para buscar á nuestra pobre alma, como Eliezer á Rebeca, pedirla un pequeño servicio (corresponder á su gracia) y en retorno colmarla de dones más preciosos que los de Eliezer, y elegirla por esposa suya para siempre? (*Sponsabo te mihi in sempiternum.*)

2. A esto vino Jesús al mundo, y causa admiración verle fatigado y sediento junto al pozo de Sichar, esperando á Fotina, mujer pecadora, para hacerla santa y eternamente feliz. ¿Qué otra cosa hizo Jesús en el Santísimo Sacramento sino esperar á nuestra alma culpable, más que la Samaritana, sediento de prodigarnos todo género de bienes y de hacernos eternamente felices?

«Era la *hora de sexta*—dice el Evangelio—cuando Jesús, fatigado del camino, esperaba sentado sobre la fuente á la mujer pecadora, sediento de su conversión y salvación.» ¡Singular coincidencia! El corazón de Jesús se halla sediento á la *hora de sexta*, y á esa misma hora—nota el Crisóstomo—Eva traspasó el mandamiento divino en el Paraíso. A la *hora de sexta* pecó Adán y fué arrojado del Edén. A la *hora de sexta* ¡oh buen Jesús! os hallabais sentado en la fuente de la misericordia sobre la Cruz, donde igualmente estaba sediento vuestro Corazón sacratísimo, y exclamasteis: SITIO. *Tengo sed.*—¿De qué teníais sed, Jesús amoroso? ¡Oh! Teníais sed de la salvación de nuestras almas; sed de prodigarnos favores, sed de hacernos enteramente felices, sed de unirnos íntimamente á vuestro propio Corazón...; y como aquella sed del Calvario fué transitoria, tuvisteis á bien, por un rasgo inaudito de vuestro amor, perpetuarla en el Santísimo Sacramento, donde, no ya á la *hora de sexta*, sino á todas horas, siempre estáis como dándonos voces, diciendo: *Tengo sed.*

Sed, pues, tiene el Señor sacramentado de prodigarnos sus gracias y sus dones; en el Tabernáculo al parecer no hace nada, y lo hace todo. Desde allí está repartiendo al mundo su *luz* divina, su *fuerte* omnipotente, su *doctrina* celestial, sobre todo, el espíritu de *amor*, y el espíritu de *sacrificio*, que es cuanto el mundo actual necesita para que la *moral* sea santa y las *sociedades* dichosas. Por tanto, dos consideraciones intentamos ponderar aquí:

- 1.^a Los efectos de la Eucaristía en el orden moral.
- 2.^a Los efectos de la misma en el orden social.

§ I

INDÍCANSE LOS EFECTOS DE LA EUCARISTÍA EN EL ORDEN MORAL

3. La Eucaristía perpetúa en el mundo la vida de Dios en el hombre.—4. La Eucaristía hace al hombre semejante á Dios.—5. La Eucaristía restaura en nosotros el orden moral.—6. Primero iluminando nuestra inteligencia.—7. Jesucristo es verdadera luz espiritual.—8. Ilumina más en la Eucaristía.—9. Dios, la naturaleza y el mundo.—10. La Eucaristía nos eleva al mayor progreso en el orden moral.

Ante la grandeza y sublimidad de las proposiciones enunciadas, declaramos ante todo que no es nuestro ánimo, ni sabríamos, expresarlas con los altos vuelos teológicos, filosóficos, morales y sociales que ellas demandan (1); por lo mismo habremos de ceñirnos á simples y sencillas instrucciones doctrinales, cual requieren los estudios didácticos llevados á la práctica de la vida cristiana.

3. Cristo nuestro Señor, para dirigir al hombre á su fin y perfeccionarle en esta vida, además de la *Redención* que hizo en el Calvario, quiso perpetuarla quedándose sacramentado en el Tabernáculo. Si el Calvario preparó á Jesucristo el sepulcro, Jesucristo preparó antes el Tabernáculo, para estar siempre con nosotros, para influir en nuestros corazones por el amor y elevarnos á las grandiosas alturas de la perfección moral. Jesucristo en la Eucaristía es la vida de Dios en el hombre, para perfeccionarle, y esta es la razón porque la real presencia de Jesús en el Santísimo Sacramento es la base del progreso tanto en los individuos como en las sociedades, tanto en el orden intelectual como en el moral. Y no podía ser de otra manera, porque la presencia real de Dios sobre la tierra, eligiendo por su morada el corazón de los hombres, y dándoseles en alimento, equivale á estar derramando siempre sobre ellos sus dones más preciosos, siendo el primero y más sublime la *perfección del orden moral*.

4. Es verdad clarísima que el hombre es tanto más perfecto cuanto más se asemeja á Dios, que es la perfección por esencia, Ser santísimo, purísimo y perfectísimo. Esta semejanza se adquiere

(1) Quien desee verlas desarrolladas en altos conceptos y variada elocuencia, puede leer los sermones y memorias del Congreso Eucarístico de Valencia en 1893.

por la unión íntima con Dios, unión en la *inteligencia*, unión de *voluntades*, unión por *amor*. La inteligencia conociendo la verdad tal cual emana de Dios, la voluntad queriendo lo que Dios quiere, el corazón amando lo que Dios ama; y todo eso, no se puede dudar, es un efecto propio de la sagrada Eucaristía. ¿Dónde puede imaginarse unión más estrecha que la realizada entre Dios y el hombre mediante el Sacramento eucarístico, que es Jesucristo Dios y Hombre verdadero, viviendo cerca de nosotros, con nosotros y en nosotros, comunicándonos su propia vida divina, sus luces soberanas y su amor sacrosanto? ¿Es posible concebir semejanza más perfecta ni perfección más semejante?

5. El orden moral entraña dos cosas: primera, la destrucción de todo lo que nos degrada y envilece, ó sea el apartamiento de todo lo que nos separa de Dios, nuestro principio y nuestro fin, esto es, el pecado, que nos aleja de Dios y *nos hace perder su semejanza*. Segunda, la elevación de nuestro ser humano á todo lo que es grande y digno, ó sea á la práctica de las virtudes cristianas llevadas á la perfección. La primera de dichas cosas no realizadas, ó sea el pecado no destruido, tiende á la separación de Dios; la segunda á la unión con El. Aquélla fué causada por la comida de la fruta prohibida; ésta, causada por la comida del Manjar eucarístico. Por la manzana paradisiaca perdió el hombre *la imagen de la sabiduría, la semejanza de la gracia y la heredad de la gloria*. Por la Eucaristía recobra lo perdido, creciendo en sabiduría, en gracia y en gloria. En una palabra: la Eucaristía restaura en nosotros el orden moral, llevándole al grado más perfecto. ¿De qué manera? *Iluminando la inteligencia, moviendo la voluntad y fortaleciendo todo nuestro ser*. Reflexionemos un momento sobre estas tres cosas.

LUZ EUCARÍSTICA.—La *creación*, obra de la omnipotencia del Padre; la *Redención*, obra de la sabiduría del Hijo; la *justificación*, obra del amor del Espíritu Santo, y los *Sacramentos y gracias* que de ellos emanan, beneficios son de Dios que nos obligan á exclamar con Job: *¿Quién es el hombre, Señor, para que así le engrandezcas, ó por qué pones tan cerca de él tu corazón* (1)?

Pero de todo esto, lo más admirable, lo que más evidencia el poder, la sabiduría y el amor divinos, es la Eucaristía, milagro de los milagros, que—como dijo Santo Tomás de Villanueva—*cierra la creación, incluye la Encarnación, y da comienzo á la glorificación*.

(1) Quid est homo quia magnificas eum, aut cur apponis erga eum cor tuum? (Job, VII, 3.)

6. Lo primero que hace el Sacramento eucarístico es *iluminar* nuestro espíritu, porque Dios es luz, y Jesucristo *es luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo*. No hablamos aquí de luz material, sino espiritual, y en este concepto cabe decir que Jesucristo en la Eucaristía es la luz del mundo en los espíritus; á la manera que el sol en el firmamento es la luz del mundo en los cuerpos materiales.

Y ha de entenderse que la *luz eucarística* derramada en nuestra inteligencia, no es metafórica, sino real y verdadera, aunque invisible. La Iglesia nuestra Madre, Maestra infalible, canta en el prefacio de Navidad lo siguiente: *Con el misterio del Verbo encarnado, una nueva LUZ de vuestra claridad ¡oh Señor! ha brillado á los ojos de nuestro espíritu, para que, conociendo al Dios hecho visible, nos elevemos al amor de las cosas invisibles* (1). Jesucristo mismo dijo: *Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá luz de vida* (2).

7. Jesucristo, pues, es luz verdadera, y lo mismo fué luz durante su vida mortal que en su vida eucarística; Jesucristo siempre es el mismo, y su esencia no varía ni variará jamás. Es luz increada é infinita; luz que ilumina nuestras almas con su celestial doctrina, con sus gracias y sus dones; luz universal que disipa las tinieblas de nuestro entendimiento con la verdad de su ser, de su espíritu, de sus palabras, de sus obras, de su vida y milagros; pero sobre todo es luz en la Eucaristía, porque en ella se aproxima más á nosotros; mejor dicho, se une á nosotros y nos constituye como focos radiantes de su divina luz. Verdad innegable y consoladora, que hizo exclamar á San Cipriano, en uno de sus sermones: «Jesucristo es nuestra luz, porque nos enseña los secretos de Dios, de la Santísima Trinidad, y todo lo que es necesario para nuestra salvación; El nos descubre el estado de nuestra conciencia y la malicia y fraudes del enemigo para preservarnos de ellos.»

MOCIÓN EUCARÍSTICA.—Pues bien; si la Eucaristía con su luz esplendorosa nos descubre el estado de nuestra conciencia, en eso mismo nos muestra nuestras culpas é imperfecciones, y nos hace que nos humillemos y arrepintamos llorando nuestras desdichas, lo cual es ciertamente un gran paso para la perfección en el orden moral. Es el principio del amor de Dios, que nos acerca y conduce á El.

(1) Quia per incarnati Verbi mysterium, etc.

(2) Ego sum lux mundi; qui sequitur me, non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitae. (Joann., VIII, 12.)

8. Pero ilumina mucho más la Eucaristía, pues como Dios, anonadado en ella por nuestro amor, se constituye Maestro de todas las virtudes, acontece que *á los pequeños y humildes* les comunica una penetración que asombra; *á los sabios y grandes*, según el mundo, les impide que se engrían, y los mantiene en sumisión, en humildad y en paz; y *á todos los hombres* en general les muestra claramente sus deberes respectivos, y los anima, y fortifica, y ayuda, en cierto modo, á cumplirlos. Paso segundo en el amor de Dios, que nos asemeja á El y constituye mayor perfeccionamiento en el orden moral.

FORTALEZA EUCARÍSTICA.—Aún no se detiene aquí el prodigio; porque toda luz es productiva de calor, y á la manera que el *calor físico* obra maravillas en el orden material, cual vemos en los caminos de hierro y en la maquinaria aplicada á la manufactura, así también el *calor divino y eucarístico* engendra portentos de santidad, de perfección y de heroísmo cristiano, ahuyentando del alma la tiranía de las pasiones y los atractivos seductores del mundo anti-cristiano.

9. Hay tres objetos que atraen poderosamente á nuestro pobre corazón, sin que el alma pierda su libertad natural, á saber: *Dios, la naturaleza, el mundo*. Cada uno de estos objetos, al atraernos nos aparta de los otros dos, procurando *transformarnos en sí mismo*, y que lleguemos á ser, por inclinación ó por hábito, lo que él es por su propia naturaleza.

Si es Dios el que nos atrae, y nosotros condescendemos voluntariamente con su llamamiento amoroso, El mismo nos hace ser como dioses por participación, nos sublima, nos deifica cuanto es posible, y al mismo tiempo nos desprende, por extraordinaria manera, de la *naturaleza y del mundo*.

Si es la naturaleza la que nos cautiva, en ese caso seremos hombres naturales, es decir, un ser medio entre Dios y el mundo, sin participar voluntariamente ni del orden sobrenatural, ni de la corrupción mundana.

Si es el mundo el que nos arrastra, seremos á la manera de brutos sin razón, ó sea seres innobles viviendo para satisfacer los apetitos materiales, dejándonos llevar de las concupiscencias desordenadas, muy contra la razón natural y muy contra Dios, que es el mayor envilecimiento á que pueden llegar las criaturas humanas.

Tan luego como el hombre se adhiere voluntariamente á Dios, ó á la naturaleza, ó al mundo, sus acciones varían de aspecto, y se le distingue con diferentes nombres, á saber: *hombre carnal, ó ani-*

mal, ó espiritual. El carácter distintivo del hombre *carnal* es gozarse en lo malo; el del hombre *animal*, vivir sin que nada le moleste; y el del hombre *espiritual*, no querer más que lo bueno y sufrirlo todo por amor de Dios. Este es el hombre que se alimenta de la sagrada Eucaristía.

10. Ahora bien; para no dejarse arrastrar de la *naturaleza* y del *mundo*, y para unirse á Dios, es preciso hallarse revestido de una fuerza sobrehumana, y esta fuerza es la *Eucaristía*, por la cual Dios descende hasta nosotros para atraernos á sí más fácilmente, y elevarnos, por una acción misteriosa, hasta su propia altura, dándose en alimento de nuestras almas y haciéndonos, cuanto es dable, seres celestiales.

Esta es la unión más estrecha del hombre con Dios, esta la mayor perfección del espíritu humano, esta la mayor elevación de la inteligencia, esta la mayor semejanza con el Hacedor supremo, y por consiguiente, el mayor grado de progreso en el orden moral. ¿Qué desea el hombre? ¿Unirse con su Dios y ser semejante á El?—Esta es la moral por excelencia, y también la felicidad suprema en esta vida.—¿Quiere disipar las tinieblas de su entendimiento, la malicia de su voluntad y las debilidades de sus apetitos? Esto lo consigue con la Eucaristía. En ella está el alma, la vida, la sabiduría y la dicha del cristiano; en ella está la escuela del amor que nos perfecciona, la fortaleza que nos engrandece, el poder que nos sublima; en una palabra, en ella está Dios con nosotros y en nosotros, y participamos de sus divinas perfecciones.

Callen, pues, y muéranse de vergüenza los impíos y falsos maestros que pretenden llevar al humano linaje por las vías del progreso y de la felicidad, apartándole de Dios y del Sacramento Eucarístico. Pero sigamos reflexionando, y pasemos del orden moral al social, de los individuos á los pueblos y de los pueblos á las naciones.